

LA DERECHA ARGENTINA Y LA DEMOCRACIA: LA TRAMPA DEL LENGUAJE DE LA TRANSICIÓN

Andrés Tzeiman



LA DERECHA ARGENTINA Y LA DEMOCRACIA: LA TRAMPA DEL LENGUAJE DE LA TRANSICIÓN

Andrés Tzeiman⁵¹

Durante los últimos años se ha vuelto un tema recurrente en Argentina la pregunta por la (in)existencia de una derecha democrática. La llegada de Mauricio Macri a la Casa Rosada en diciembre de 2015 fue sin dudas el gran catalizador de ese interrogante. En cierto sentido, es lógico que dicha pregunta haya irrumpido en ese contexto político. Pues algo, en los hechos, estaba ocurriendo a contracorriente en la historia nacional. No es que las clases dominantes no estuvieran acostumbradas a tomar el cielo por asalto. Siempre lo han hecho... pero por otros medios. Los golpes militares, la proscripción política y la reconversión de los tradicionales partidos populares fueron las alternativas históricas elegidas en diferentes coyunturas para acabar con aquellas pesadillas plebeyas que osaron cíclicamente forzar la “naturaleza de las cosas” de nuestro orden social.

Ciertamente, esta vez el asunto se desarrolló de una forma diferente. La astucia de la historia se hizo presente, y a plena luz del día. Más allá de las argucias publicitarias, encargadas de difundir vertiginosamente falsas promesas, allí estaba el hijo pródigo de la “patria contratista” consiguiendo un triunfo electoral por medio de la voluntad popular.

Sin embargo, después de aquel éxito electoral, la democracia argentina se reservaba un segundo capítulo, quizá mucho más trascendente para suscitar aquel interrogante acerca del carácter de la derecha autóctona. Luego de la rotunda redistribución del ingreso llevada a cabo a lo largo del año 2016, *Cambiamos* lograba un nuevo triunfo electoral en los comicios de medio término de 2017. Esta vez sí, para algunos analistas, estaban prohibidas las excusas, ¿quién podría acaso refutar por ese entonces la *evidente* condición democrática de la “nueva derecha”? Tal como exclamaba el imaginario *sujeto interpelado*, propio de la provocadora prosa de Louis Althusser en su libro *Sobre la reproducción*: “¡Es evidente! ¡Eso es! ¡Es verdad!”. Se trataba de una auténtica celebración de la *ideología dominante*. El liberalismo, con toda su profundidad, se colocaba a la orden del día con renovados bríos en la política argentina.

Lo sorprendente para quienes transmitían públicamente un goce ante la supuesta imposibilidad de cuestionar semejante *verdad evidente*, es que justamente cuando tal *evidencia* se imponía lisa y llanamente por la “fuerza de las cosas”, comenzaba el advenimiento de la catástrofe. En una doble acepción. Primero, porque el capital político de la victoria electoral era invertido en la detención de

⁵¹ Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.



dirigentes opositores, pertenecientes al gobierno anterior (sonaban las campanas... había llegado la hora del escarnio). En segundo lugar, porque las credenciales democráticas recientemente conquistadas eran también utilizadas para garantizar el ingreso a un modelo mucho más desembozado de des-democratización social -bautizado como “reformismo permanente”-, con una feroz represión mediante (dejamos de lado, quizá para no hacer leña del árbol caído, el descalabro económico que se desataría a lo largo del año 2018). Pero lo cierto es que en el ocaso del 2017 el sendero de las *verdades evidentes* conducía esta vez a una nueva pregunta: ¿cómo era posible que un gobierno que acababa de validar su legitimidad democráticamente se inclinara, precisamente en ese momento, por acudir a la utilización de prácticas políticas arbitrarias y violentas?

La inclinación por el momento de la *fuerza* nos estaba diciendo *algo*. Nos estaba dando un mensaje que la concentración exclusiva de la atención sobre las *formas políticas* no tenía la capacidad de transmitir. La derecha por aquellos días creía haber hallado el momento indicado para profundizar un *proyecto* que hasta entonces se presentaba intermitente, o por momentos velado. Pero, un instante... acabamos de decir la palabra *proyecto*, ¿Qué significado tiene esa palabra a la hora de pensar la democracia? ¿Qué *proyecto* tiene la derecha para Argentina? ¿Y qué *proyecto* tiene la derecha para la democracia?

Estas preguntas, que podrían ser tranquilamente confundidas con un simple juego de palabras, en realidad contienen en sus respuestas el *quid* de la cuestión planteada al principio de estas páginas. Si efectivamente constituye un serio error analítico la desestimación del significado de las *formas políticas* (pues la pregunta central en la política es siempre quién domina y cómo ejerce ese dominio), una equivocación de la misma talla reside en su completa autonomización. Dimensionar el proyecto societal de la derecha (en la medida en que, mal que les pese a tantos, aún existen los “grandes relatos”, existen el Estado, las clases sociales, el imperialismo, y sigue la lista) es esencial para intentar aproximarse a su vínculo con la democracia. De lo contrario, se corre el riesgo de ocluir la sustancia de la compleja relación entre derecha y democracia.

Ahora bien, nos enfrentaríamos a un grave problema si creyésemos que no existe un vínculo entre, por un lado, aquello que se analiza, y por el otro, cómo eso es analizado. Es decir, si desoímos que existe una operación inicial y primigenia, de carácter casi determinante, cuando se escoge aquello que *merece* ser analizado. Nos animamos a sostener, de hecho, que allí está contenida toda una pregunta sobre nuestra época cuando nos referimos a la democracia. Y se trata precisamente del momento en que la ciencia política, tal como la hemos conocido hasta aquí, exige ser interrogada.

Asistimos en América Latina a una *coyuntura* donde precisamente las anteojerías con las cuales aprendimos a leer la democracia están siendo puestas en jaque. Resulta que la derecha ha demostrado de forma contundente en casi todas las latitudes de nuestra región cómo el “pacto democrático” construido (¿o impuesto?) en los años ochenta del siglo XX ha perdido *en la práctica* casi toda su vigencia. Honduras, Paraguay, Brasil y finalmente Bolivia (con su trágica historia de larga duración, que nos obliga



en nuestras explicaciones a retroceder hasta 1492 para comprender la profundidad de lo sucedido) han sido las pruebas más dramáticas de ese estallido del “pacto”. Aunque no debemos excluir de ese listado la contracara de esos ejemplos: el caso de Chile. Pues allí nos encontramos con el estallido de la “democracia modelo” del período post-dictatorial. Porque si Bolivia nos muestra hasta dónde han sido capaces de retroceder en términos históricos las clases dominantes y sus representaciones políticas, Chile nos enseña una vez más (aunque ahora en democracia) hasta dónde pueden llegar mediante el ejercicio de la violencia para no perder sus privilegios.

¿Qué hay entonces de Argentina? ¿Qué ha ocurrido con nuestra democracia para que, en su propio interior, en sus propios términos, se haya producido el quiebre del “pacto” (e incluso, como lo adelantara Fernando H. Cardoso allá por el año 2015 en una entrevista al diario *La Nación*, para que nuestro país haya sido el puntapié hacia la ruptura del “pacto” en otras naciones de la región)? Más allá de la excepcionalidad del modo en que en nuestro país se produjo la salida del “populismo” de la casa de gobierno, quizá sea más apropiado y productivo pensar(nos) en la clave de una generalidad regional: ¿qué tipo de democracias han venido a instaurar las derechas luego del ciclo “progresista”?

Creo que la derecha no tiene (ni ha tenido) contradicción alguna con la *forma política* democrática. Puede establecer por largos períodos una relación privilegiada con el voto popular. Pues el problema central no se encuentra allí. La cuestión, en lo estrictamente político, pasa por el modo en que se constituye la comunidad democrática, por quiénes la integran, y quiénes tienen el derecho, *en la práctica*, a acceder a la distribución del poder (en sus múltiples sentidos) en la sociedad. Por eso la derecha puede celebrar hasta el cansancio la democracia cristalizada en elecciones libres, siempre y cuando *en los hechos* funcione rígidamente un *principio oculto de exclusión* para demarcar sutilmente (o con fiereza, cuando las circunstancias lo demanden) la pertenencia a la comunidad política.

No hay dudas de que cada sociedad está marcada por una historicidad en el marco de la cual se dirimen y establecen en conflicto los términos que constituyen tal principio de exclusión. Pero el factor común, más allá de las historias particulares, es la existencia de un *lugar inaceptable* al que nadie debe poder llegar. Ahora sí: me arriesgaría a afirmar que la transformación histórica que la derecha quiso (y quiere) llevar a cabo en la democracia argentina es el corrimiento de esa frontera. Es decir, asegurar de una vez por todas ciertas condiciones férreas en las cuales la constitución de determinados supuestos innegociables (al modo de una “situación de laboratorio”) hagan que la democracia por fin les valga la pena ser vivida.

Una vez establecidas esas coordenadas generales de intelección, creo que sí *merece* ser analizada y respondida la pregunta por la historicidad y la singularidad de Argentina en el proceso regional antes mencionado (el de la ruptura del “pacto democrático”). En ese sentido, no debe llamarnos la atención que la derecha dispute elecciones. Tampoco que pueda, ocasionalmente (o no), ganarlas –recuérdese en ese sentido la multiplicidad de asimetrías de poder (económicas, judiciales, mediáticas, etc.) de las que



las derechas disfrutan en las sociedades contemporáneas—. La atención en el análisis debe situarse en la tensión que se suscita no sólo en las propias instituciones políticas, sino en el conjunto de la sociedad, cuando se trata de imponer el principio de exclusión (para garantizar con ello las condiciones de *durabilidad* del proyecto societal). La irrupción pública de adjetivos como “irresponsable” o “irracional” a la hora de desplazar hacia afuera de la comunidad democrática a determinados sectores políticos pasa a ganar la escena cotidiana, y se convierte en contradicción principal de la sociedad. Y la confrontación de clases se *condensa* diariamente en el establecimiento de ese límite.

El enorme dilema con el que nos enfrentamos a la hora de pensar la democracia y la política hoy consiste en colocar las preguntas, antes que las respuestas, en los lugares correctos. Porque los años ochenta nos legaron una ciencia política con preguntas erradas. Las formas políticas se han mostrado saturadas en exceso las veces que hemos querido encontrar una explicación a los verdaderos problemas de la sociedad argentina. Nos hemos metido en una trampa de la que no podemos salir: el lenguaje de la transición. Hasta tanto no logremos cambiar de lengua, y reformular nuestras preguntas, siempre aparecerá algún analista superficial que, como el imaginario sujeto interpelado evocado por Althusser, encontrará dispuestas las circunstancias para clamar: “¡Es evidente!”. El momento extraordinario que vive América Latina, con el quiebre del “pacto democrático”, constituye una coyuntura privilegiada para formular mejores preguntas, y de esa manera, encontrar mejores respuestas para el destino de nuestras democracias.

